

puesto que en él se formuló claramente el programa de la política gubernamental y condujo á la conclusión del *Pacto de Burdeos*.

Este pacto es la neutralidad gubernamental entre todos los partidos, prometida por Thiers y consentida por todos los monárquicos; es al mismo tiempo la seguridad dada á los republicanos de que la institución republicana no corre ningún peligro y de que la República, si los republicanos quieren tranquilizar al país, si quieren ser sensatos, se aprovechará igualmente de su sensatez y de los esfuerzos del gobierno para pacificar y reorganizar á Francia. Repetidas veces, Thiers declara que su deber está en la lealtad con todos los partidos, en no proponer una solución exclusiva que desolaría á los otros.

En cuanto á su programa de política general, el jefe del poder ejecutivo lo resumía en la reorganización del país.

Para proceder á esta reorganización, era preciso hacer que cesase la dualidad gubernamental. Había, en efecto, dos gobiernos, como durante la Defensa nacional, uno en Burdeos y otro en París. El ministro de Negocios extranjeros estaba en París, á fin de hallarse cerca de los alemanes, con quienes había de negociar cada día. El ministro de Hacienda se encontraba también en París, porque este es uno de los mayores mercados financieros del mundo. El ministro del Interior estaba igualmente en París, porque París, por sí solo, le daba más qué hacer que el resto de Francia. Thiers atribuía la lentitud de la acción gubernamental, desde el 1.º hasta el 10 de marzo, á su alejamiento y al de los otros ministros. Sin dejar de reconocer que «aquel gran París había cometido faltas,» sentía por él una predilección invencible. Más justo que en el mes de octubre, en que había desalentado á la Defensa nacional, reconocía que la heroica ciudad con su valerosa resistencia había realzado á Francia á los ojos del mundo entero y comprendía sobre todo que sólo desde allí se podía gobernar al país. No se hace ilusiones; comprende la necesidad de hacer llegar á París fuerzas imponentes contra los hombres perversos que meditan la guerra civil, guerra que él casi prevé, y, á pesar de todo, se pronuncia por la vuelta, si no á París, al menos á cualquier ciudad muy próxima de la capital. Ni Bourges, ni Orleans, ni siquiera Fontainebleau responden á las necesidades de la situación, por distar demasiado de París; pero Versalles ofrece garantías y propone á la asamblea que se traslade allí. Al día siguiente, la asamblea nacional celebró en Burdeos su última sesión, y no había de volverse á reunir en Versalles hasta el lunes 20 de marzo.

El primer período de la historia de la asamblea nacional había terminado. Sus actos en Burdeos no merecen los severos juicios que sus actos ulteriores le acarrearán. Careció de experiencia y fué apasionada y violenta; pero se mostró patriota y, en las grandes circunstancias, supo tomar pronto animosas resoluciones; fué dócil á la voz, á los consejos de los hombres eminentes que contaba en su seno; supo resistir á las inspiraciones del espíritu de partido en 17 de febrero, y pronunció contra el imperio, en 1.º de marzo, una condenación que Francia había de ratificar veinte veces en todas las consultas electorales.

Antes de emprender la historia de París, desde el 28 de enero hasta el 18 de marzo, conviene explicar la absoluta incompatibilidad de humor que existía entre la mayoría de la asamblea y la capital de la nación. Los abogados, procuradores, propietarios y rentistas, todas las celebridades de distrito que los comicios habían enviado el 8 de febrero á Burdeos, experimentaban como un vago estremecimiento de espanto al solo nombre de París. Le reprochaban su humor versátil, su espíritu revolucionario, sus entusiasmos políticos, literarios, artísticos y sociales. No hacían distinción alguna entre los exaltados y los moderados, entre los excéntricos y los sabios. No era sólo para los extranjeros para quienes París resultaba la moderna Babilonia, sino que muchos franceses la juzgaban así y, más lógicos que los extranjeros, evitaban todo contacto con la seductora ciudad. En ninguna asamblea francesa, de un siglo acá, había habido tantos desconocidos, ni tantos diputados que nunca habían puesto los pies en París, como en la Asamblea nacional de 1871. A hombres dominados por semejante prevención era imposible hacerles comprender que no hay gobierno posible sin París, contra París ó fuera de París; y era aún más imposible hacerles admitir que los parisienses, después de haber sufrido más que los demás franceses, después de haber pagado una contribución más pesada, después de haberse batido bien, tenían quizá derecho á alguna consideración. París había votado *no* en el plebiscito; por el voto de todos sus diputados, París se había pronunciado contra la guerra; y había sufrido todos los horrores de esa guerra que él no quería; había visto sus calles y sus plazas holladas por el enemigo y se hallaba aún bajo la amenaza de las baterías alemanas, y no obtenía, en premio á su heroísmo, como compensación de sus sacrificios, más que muestras de desconfianza y de hostilidad. Los rurales que habían votado *sí* en el plebiscito, que habían enviado al Cuerpo legislativo aprobadores de la guerra y partidarios del imperio, lo trataban con más dureza que el imperio mismo. En recompensa la descapitalizaban. El espíritu provincial animaba á la mayoría de la asamblea; en este espíritu se inspiraba Baragnón, cuando quería que los principales servicios públicos fuesen trasladados á Versalles; el mismo espíritu había de manifestarse más tarde por medio de proyectos de ley descentralizadores, y creó entre el París liberal y los representantes de Francia una formidable mala inteligencia, en que germinaba la guerra civil.

El 12 ó el 13 de marzo, la víspera ó la antevíspera del día que ambos habían de salir de Burdeos, el general Trochu se presentó al jefe del poder ejecutivo y le dijo: «He votado por el traslado de la asamblea porque, como jefe de Estado y responsable, declarasteis que no podíais gobernar en Burdeos. Pero no creáis que vais á gobernar en Versalles ó en París; vais á la guerra civil. Puesto que habéis estudiado el itinerario de Burdeos á Versalles, os ruego que estudiéis el itinerario de Versalles á Burdeos.» Thiers interrumpió á su interlocutor para decirle: «No estáis en lo cierto; ahora mismo estamos en negociaciones con los insurrectos de Montmartre que van á entregarnos voluntariamente sus cañones. — Señor presidente, replicó el general, á mí no se me puede hacer aceptar esa esperanza; conozco demasiado á París y sé lo que allí he dejado como espíritu público

y como guardia nacional, y sé en qué estado se hallan las tropas. Hay allí masas que viven sobre las armas desde hace cinco meses, que han abandonado completamente el trabajo. Si contáis dominarlas sin lucha, os engañáis absolutamente y vuestras tropas no están dispuestas para el combate de París.»

¡Lástima que Thiers, en sus resoluciones de 17 de marzo, no hubiese tenido en cuenta las indicaciones del general Trochu!

En 26 de enero, á media noche, París había tenido el doloroso privilegio de tirar el último cañonazo del

si no pudieron impedir dos ó tres veces el saqueo del mercado central, lograron al menos mantener un orden relativo y la prontitud del abastecimiento les ayudó en esta tarea. El gobierno, más bien por prudencia que por necesidad, había creído conveniente continuar la distribución de raciones: las conservas alimenticias habían surgido como brotadas del suelo á la noticia del armisticio.

La proximidad de las elecciones tenía á todo el mundo en la ansiedad, y en las reuniones públicas se daba libre carrera á las violencias revolucionarias, á los ata-



El general Werder

primer sitio y un silencio mortal había sucedido bruscamente al espantoso cañoneo. El armisticio entraba en vigor cuarenta y ocho horas después, y en la tarde del 29, los alemanes habían tomado posesión de los fuertes cuya evacuación fué tan rápida que el enemigo encontró en alguno de ellos, y particularmente en el de Vanves, numerosos barriles de tocino. Un gentío considerable acudió á los taludes de las fortificaciones, para asistir á la toma de posesión.

En los días que siguieron inmediatamente al sitio, París no ofreció el aspecto desolado de una ciudad vencida y obligada á aceptar, después de una gloriosa resistencia, las condiciones del enemigo. Mujeres, niños y ancianos, todos los que el bombardeo había tenido reclusos en sus casas salieron de ellas como después de una liberación y se desparramaron por la vía pública, ya obstruida por el ejército regular que acababa de ser desarmado y por los guardias nacionales muy orgullosos de haber conservado sus armas. Los miembros del gobierno de la Defensa nacional que se habían quedado en París, el prefecto del Sena que desempeñaba las funciones de alcalde, Julio Ferry, el prefecto de policía, Sr. Cressón, y los alcaldes de elección municipal,

ques contra los que habían capitulado y á las proposiciones más locas. La nota dominante de la polémica electoral fué la crítica sin justicia y sin mesura de los actos del gobierno. Alzarse contra la Defensa nacional haciéndola responsable de todo, era cosa que dispensaba de toda profesión de fe y los hombres más moderados se hacían cómplices de esa manifiesta injusticia. La nota dominante de las elecciones fué la condenación que significaron contra el gobierno. Ya hemos dicho cuál fué el resultado del escrutinio en toda Francia. En París figuraron como candidatos no electos, con unos cincuenta mil votos, los futuros miembros de la *Commune*.

París tardó mucho en conocer los nombres de sus representantes en la Asamblea nacional, después de un escrutinio laborioso: cuando pudo comparar sus elecciones con las de las provincias, experimentó un verdadero estupor y tuvo la convicción de que la Asamblea de Burdeos iba á restablecer la monarquía. De esta convicción á una organización revolucionaria, capaz de salvar la República amenazada, no había más que un paso; y este paso fué dado con tanta mayor facilidad cuanto que los agitadores y los cabecillas encontraron

el terreno abonado para la Revolución, merced á la situación creada por el final del sitio.

Unas 60.000 personas que habían sido retenidas en París durante el sitio por sus funciones ó por su deber, se apresuraron á salir tan pronto como se abrieron las puertas. Estas 60.000 personas pertenecían naturalmente á la clase acomodada, al partido del orden y á los llamados «buenos batallones de la guardia nacional,» es decir, á los de los barrios del centro. Los industriales, los comerciantes y los pequeños propietarios de París se hallan de la parte del orden cuando el taller funciona, cuando la tienda está abierta y cuando se pagan los alquileres. Si la industria para por falta de primera materia, si la tienda permanece cerrada por falta de compradores, y si pasan los trimestres sin que los alquileres se paguen, todos se desentienden de la cosa pública, hacen al gobierno responsable de sus decepciones y ven llegar sin disgusto un cambio político, aunque éste se opere á costa de una revolución violenta. Pues bien; el 10 de marzo, en Burdeos, Dufaure había hecho aplazar la ley sobre los inquilinatos y votar una ley desdichada sobre los vencimientos: doble falta que disgustó á los inquilinos sin satisfacer á los caseros y ocasionó 150.000 protestos de efectos vencidos en París. Faltaba cometer la última falta, que consistía en amenazar en sus prerrogativas de capital á aquel París cuyo heroísmo durante el sitio merecía unánimes y justos elogios; la asamblea no dejó de cometerla y, enajenándose con sus actos y supuestas tendencias los elementos de orden que encerraba la gran ciudad, preparó el triunfo de los elementos opuestos, cuyo número aumentaba de día en día á causa de la fatalidad de las circunstancias.

No hablamos de los 18.000 soldados de los cuerpos francos, garibaldinos y cazadores del Este, que los preliminares habían licenciado y que afuyeron á París durante la semana que precedió al 18 de marzo. En el mismo París y casi al día siguiente de la amnistía, la guardia nacional ofreció el más triste de los espectáculos. Obligada á un servicio regular, se hallaba ya desmoralizada por el juego y la embriaguez; reducida á la inacción de la noche á la mañana, se entregaba á todos los juegos de azar en la vía pública ó llenaba los cafés y las tabernas, donde acababa de dejar el resto de la paga diaria.

De este modo se había formado poco á poco una situación hábilmente explotada por las diferentes asociaciones revolucionarias, anteriores al armisticio, que la sobrevivieron y que acabaron por absorberse en el Comité central. Estas asociaciones eran el Comité de los veinte distritos, la Federación de las Cámaras sindicales y la Asociación internacional de trabajadores. Las tres tenían su domicilio en la plaza de la Cordelería del Temple, punto de reunión del «Parlamento de blusa,» de la «Revolución en traje de obrero,» como decía Julio Vallés. Las tres tenían la misma consigna: la *Commune*, y las tres perseguían ostensiblemente un doble fin: la conquista de las franquicias municipales en París y el mantenimiento de la República en Francia, con ayuda de la guardia nacional centralizada en manos de un comité poderoso y ciegamente obedecido. Los socialistas veían más allá de este doble fin, el triunfo del proletariado substituyendo á la burguesía.

Celebráronse sucesivamente tres reuniones en el Cir-

co á fines de enero y en Vauxhall el 15 y el 24 de febrero; en ellas se determinaron las bases de la organización federativa y de la delegación por las compañías y por los batallones. La reunión del 24 contó 2.000 delegados de compañías. El comité provisional que había convocado las tres reuniones convirtiéndose aquel día en comité central y se puso al frente del movimiento. Su primer acto fué una protesta contra toda tentativa de desarme de la guardia nacional. El segundo fué la resolución de oponerse por la fuerza á la entrada de los alemanes en París.

A partir del 24 de febrero, para mantener vivo el ardor de sus partidarios, el Comité central hizo desfilar cada día los batallones sin armas por la plaza de la Bastilla. El batallón se detenía al pie de la columna que sostiene al Genio de la Libertad, en manos del cual se había puesto una bandera roja; un oficial se encaramaba sobre el pedestal de la columna, depositaba una corona en una de las esquinas, dirigía una corta alocución á sus hombres y los hacía circular en torno del monumento al son de una música y al canto de la *Marsellesa*. El 25 y el 26, estas manifestaciones continuaron, entristecidas el último día por la muerte del infeliz Vincenzoni, un guardia de orden público, sorprendido, según se dijo, en el momento de tomar nota de los números de los batallones que desfilaban. Tratado de espía, fué atropellado, atado á una tabla, echado al agua y ahogado á pedradas. Había pedido inútilmente á la muchedumbre furiosa que le permitiera levantarse la tapa de los sesos con su revólver.

El aspecto de París fué sumamente aflictivo durante los últimos días de febrero de 1871; los incesantes movimientos de la guardia nacional por las calles parecían, ahora que eran inútiles, la parodia de la defensa. Los soldados que vagaban al azar presentaban un espectáculo todavía más triste. Como el trabajo faltaba para todas las clases de la sociedad, la gente se entregaba á todas las distracciones malsanas. Formábanse numerosos grupos delante de las librerías y en torno de los quioscos en que se hallaban expuestas numerosas caricaturas y grabados frívolos. Los vendedores ambulantes de periódicos aturdían á los transeuntes con el anuncio de noticias inverosímiles.

Las grandes administraciones, las grandes industrias, el gran comercio, habían abierto nuevamente sus puertas á los empleados, á los obreros, á todo el personal que mantenían. Pero lo que era posible para los grandes establecimientos, no lo era para los pequeños; éstos habían de ser enteramente reorganizados y necesitaban tiempo para ello, y mucho más aún para que volviesen á venir los pedidos y para encontrar mercados. Por otra parte, los brazos, que habían perdido la costumbre del trabajo, permanecían inertes ó no encontraban más vigor que el necesario para cargar con el fusil de la guardia nacional.

Esta situación, la ausencia de toda policía y de toda fuerza represiva, la complicidad descontada de algunos miles de soldados que el armisticio había dejado allí, fueron muy hábilmente explotados por el poder revolucionario que existía desde las postrimerías del Imperio y que se había manifestado muchas veces y bajo mil formas durante el sitio. Las circunstancias iban á permitirle hacer una Revolución.

Con el pretexto de impedir que los cañones reunidos en Passy y en la plaza Wagram cayesen en manos de los alemanes, el comité central, á quien la dimisión del general Clemente Tomás y del coronel Montagut dejaba el campo libre, había hecho transportar 170 piezas de artillería á Montmartre y otras á las colinas de Chaumont y á la plaza de los Vosgos. Esto aconteció el 27 de febrero; el 28, los guardias nacionales de Belleville trataron en vano de sobornar á los marinos acuartelados en la Pepiniere; quizá habían obrado sin órdenes; su fracaso no perjudicó á la autoridad ni al prestigio del comité central, que se manifestaron aquel día con una tremenda significación. Los miembros de la Asociación internacional de trabajadores, que ejercieron á menudo, primero sobre dicho comité y luego sobre la *Commune*, una influencia moderadora, habían comprendido los peligros de un conflicto entre la guardia nacional y los alemanes y decidido al comité central á no oponerse á la entrada del ejército enemigo. El comité fijó en los muros de París una proclama que decía:

«Ciudadanos: el sentimiento general de la población parece ser no oponerse á la entrada de los prusianos en París. El comité central, que había emitido una opinión contraria, declara adherirse á la resolución siguiente:

»Se establecerá, en torno de los barrios que debe ocupar el enemigo, una serie de barricadas propias para aislar completamente esa parte de la ciudad. Los habitantes de la región circunscrita dentro de esos límites deberán evacuarla inmediatamente.

»La guardia nacional, de acuerdo con el ejército formado en cordón alrededor, cuidará de que el enemigo, así aislado en un suelo que no será ya nuestra ciudad, no pueda comunicar con el resto de París.

»El comité central recomienda, pues, á toda la guardia nacional que preste su concurso á la ejecución de las medidas necesarias para conseguir este propósito y evitar toda agresión que sería el derrocamiento inmediato de la República.»

Esta orden fué obedecida por todos, á excepción de algunos batallones de Montmartre. Estos bajaron hasta el bulevar Malesherbes, donde encontraron á otros guardias nacionales con los cuales parlamentaron: «La tropa está ahí y los prusianos también, les dijeron; no hay nada que hacer.» No quisieron saber más; fueron en busca de los cañones que quedaban en la plaza Wagram y se volvieron á su monte Aventino.

El 1.º y el 2 de marzo todo pasó conforme se había convenido, sin quebranto para los vencidos y sin grande honor para los victoriosos. París suspendió voluntariamente su vida durante cuarenta y ocho horas. No se publicaron periódicos. Los edificios públicos, las tiendas, los cafés, permanecieron cerrados; en muchas casas se enarbolaron banderas tricolores con un negro crespón ó banderas negras, y las estatuas de la plaza de la Concordia fueron cubiertas con velos negros.

A las nueve y media, los alemanes, mandados por el general Kamecke, ocupaban los Campos Elíseos y la plaza de la Concordia. Sus músicas tocaron sin interrupción hasta la noche, silbadas por la muchedumbre contenida por el doble cordón del ejército y de la guardia nacional. El enemigo tenía el derecho de visitar

los Inválidos y el Louvre; cediendo á atinadas observaciones del general Vinoy, renunció á visitar los Inválidos, y en el Louvre, de donde habían sido retirados los cuadros por temor á los obuses y al incendio, debió formarse una mediocre idea de las riquezas artísticas de aquel museo.

El 1.º de marzo, á las siete y media de la noche, un telegrama de Burdeos había anunciado la aprobación de los preliminares de paz por la asamblea. El día siguiente, á las seis de la mañana, Julio Favre marchó á Versalles, donde se efectuó el cambio de ratificaciones que ponía fin á la ocupación de París. Esta rapidez sorprendió al enemigo y desbarató sus proyectos, pues tenía la intención de hacer entrar en la capital cuerpos sucesivos de 30.000 hombres y hacer pasar una gran revista por el emperador. El 3 de marzo, á las once, el enemigo tuvo que evacuar á París, y el gobierno anunció á la ciudad su liberación por medio de una proclama en que elogiaba la actitud de los parisienses durante la ocupación alemana y decía que contaba con la población para hacer de París una de las primeras ciudades del mundo.

Las esperanzas del gobierno se vieron cruelmente defraudadas; nunca reinaron en París tantos disturbios como desde el 3 hasta el 18 de marzo. Cualquiera podía hacer lo que le daba la gana. La acción gubernamental, que ya no se manifestaba más que con proclamas, era completamente nula. Los cabecillas, los agitadores eran conocidos y señalados por los alcaldes de distrito, cuyos poderes usurpaban aquéllos con frecuencia, y sin embargo se les dejaba en completa libertad. El prefecto de policía, Sr. Choppin, que había reemplazado en este cargo á su cuñado el Sr. Cressón, nada podía en presencia de la impopularidad de los guardias de orden público y careciendo de instrucciones gubernamentales. Nada podía tampoco la autoridad militar. El general Aurelle de Paladines, que había tomado posesión del mando en jefe de la guardia nacional el día 4 de marzo, no era obedecido. El general Vinoy sólo disponía, á principios de marzo, de 12.000 hombres, efectivo que podía elevarse á 16.000 con las tropas de policía. Los ministros no tenían á su servicio más que la fuerza moral, y cuando autorizaron al general Vinoy, comandante del estado de sitio, para suprimir los seis periódicos revolucionarios de Félix Pyat, Julio Vallés, Rochefort, Vermesch, Grousset y Pilotell, los republicanos menos avanzados protestaron en nombre de la libertad de imprenta. El mismo día (11 de marzo), la impolítica condenación de Florens y de Blanqui, por su participación en los disturbios del 31 de octubre, fué unánimemente censurada.

La opinión, tan severa con el poder, se mostraba indulgente con todas las usurpaciones del comité central. Oficialmente constituido desde el 3 de marzo, éste publicó sus estatutos, precedidos de un preámbulo que ponía á la República por cima del sufragio universal; en 10 de marzo dirigió al ejército, á los soldados, «hijos del pueblo,» un llamamiento formal á la insurrección; para protestar contra el nombramiento de Aurelle, había nombrado generales tan extraordinarios como Darrás, Henry, Duval, Piazza y Brunel, á cuya lista añadió á Garibaldi, el día 13, é hizo coronel á Lullier y jefes de legión á Jaclard y á Faltot. Mientras tanto,

dejaba saquear los almacenes de municiones, ocupar los sectores por la guardia nacional adicta, y defendía celosamente, contra los municipios dudosos y contra el gobierno, sus dos fortalezas de las colinas de Chaumont y de Montmartre y su parque de la plaza de los Vosgos.

¿Es admisible que hombres tan inteligentes como los ministros que se hallaban entonces en París y el prefecto del Sena, alcalde de la ciudad, cuya habilidad y valor elogió Thiers tantas veces, no hubiesen visto el peligro? Lo veían muy bien, pero no tenían medio alguno de conjurarlos.

El gobierno, mal enterado de los sentimientos de los parisienses, confió, en 16 de marzo, la dirección de la prefectura de policía al coronel de gendarmes Sr. Valentín. Este nombramiento, debido a Thiers, que había llegado la víspera de Burdeos, indicaba que la acción contra el comité central iba a ser más bien obra militar que obra de policía, que con soberana imprudencia el gobierno iba a oponer a más de 200.000 guardias nacionales menos de 20.000 soldados desmoralizados, sin cohesión, sin disciplina, sin confianza en unos jefes que, no habiendo sabido conducirlos a la victoria, los llevaban a la batalla de las calles. Quedaban justificadas las previsiones de Trochu, y Thiers iba a seguir el itinerario de París a Burdeos, harto dichoso de haber podido detenerse en la primera etapa, que era Versalles.

VIII

Hemos dicho que el comité central, heredero de los comités de vigilancia instituidos en cada distrito, había sido creado durante el sitio. Su primer acto público fué la demanda de procesamiento contra los individuos del gobierno de la Defensa nacional, en el mes de diciembre. El cartel rojo que reclamaba esta medida y que pasó casi inadvertido, ostentaba las firmas de Bouit, Barroud, Chouteau, Favre, Gaudier, Gouhier, Grèlier, Lavalette, Moreau, Pougeret, Prud'homme y Rousseau. Ninguno de estos nombres, salvo los de Grèlier y Moreau, estaba destinado a una gran notoriedad. Algunos figuraron con diferente ortografía en carteles ulteriores. Pougeret había de trocarse en Fougere, y Barroud en Barrou ó Barou. Hasta el nombre de *Comité central* fué bastante incierto al principio, pues primero se llamó comité central de la guardia nacional y luego comité central de la federación republicana de la guardia nacional. A últimos de enero de 1871, la organización era más completa y el funcionamiento más regular; el comité tenía su timbre oficial, notificaba sus órdenes ó sus nombramientos por medio de delegados suyos, y a principios de marzo afirmó su existencia con actos públicos y significativos.

El primero consistió en una proclama fechada en 1.º de marzo prometiendo proteger al país mejor de lo que habían podido hacerlo los ejércitos permanentes y defender la república amenazada.

Para todo observador atento, los estatutos de la Federación de la guardia nacional, acordados el 3 de marzo por el comité central, eran alarmantes. El preámbulo afirma que la república es el único gobierno posible, que no puede discutirse, y reconoce a la guardia nacio-

nal el derecho absoluto de nombrar y revocar a sus jefes. El artículo siguiente estipula que la Federación republicana de la guardia nacional se compone: 1.º, de la asamblea general de delegados; 2.º, del círculo de batallón; 3.º, del consejo de legión, y 4.º, del comité central. Los delegados en el círculo, en el consejo y en el comité deben velar por el mantenimiento de todos los cuerpos especiales de dicha guardia, y evitar toda tentativa de derrocamiento de la república. Saliéndose audazmente de sus atribuciones, el comité central proyectó desde el primer día la elaboración de un proyecto de reorganización completa de las fuerzas nacionales, es decir, la supresión del ejército permanente.

En 10 de marzo, dirigió a los soldados que el armisticio había dejado en París una proclama en que se ponen de manifiesto estos proyectos y que termina con estas palabras:

«Soldados, hijos del pueblo, unámonos para salvar a la república. Los reyes y los emperadores han causado harto mal. No deshonréis vuestra vida. La consigna no impide la responsabilidad de la conciencia. Abracémonos en presencia de los que, para alcanzar un grado, obtener un empleo ó traer un rey, quieren hacernos degollar unos a otros.

»¡Viva por siempre la república!»

La impunidad de estas excitaciones a la insurrección indica, más que nada, el grado de impotencia a que había llegado el gobierno.

Desde la firma del armisticio, París se hallaba entregado a sí mismo. Gobernantes, diputados, hombres influyentes, todo el mundo lo había abandonado. Julio Favre, Ernesto Picard y Julio Ferry, alcalde de la capital, eran los únicos individuos del gobierno que se habían quedado en ella, pero desatendidos é impopulares. París, acostumbrado a dar el impulso en todo, esperaba órdenes y noticias de provincias. Los rumores que circulaban acerca de la disposición de los espíritus en la derecha de la asamblea excitaban desconfianza. Pero París, que desde hacía diez años elegía republicanos, consideraba la república como cosa propia, y la mayoría de la guardia nacional entendía que conservaba las armas para protegerla. Todos aquellos hombres que habían leído *La historia de un crimen*, estaban resueltos a no dejar realizar, sin resistencia, un nuevo golpe de Estado.

Pero hubo otra emoción más viva y más inmediata, la que experimentó la gran ciudad, apenas libre del sitio, cuando se enteró de la cláusula de los preliminares de paz que concedía la entrada de los prusianos en París, entrada que fué una de las causas principales de la insurrección. «No digo que sin esa circunstancia no se hubiese producido el movimiento, declaró Thiers ante la comisión informadora; pero sostengo que esa entrada de los prusianos le dió un impulso extraordinario.»

Desde este punto de vista, el movimiento se caracteriza verdaderamente como una manifestación del estado de espíritu obsidional. El general Trochu, en su declaración, hasta atribuye un cálculo maquiavélico a Bismarck: «Lo que él quería, dice, era la insurrección y la anarquía.» De todas maneras, el canciller descontaba el desorden en París; lo había anunciado a Thiers, y la cláusula de la paz, estipulando la entrada de las tropas

alemanas en la ciudad, a la cual el negociador alemán se aferró con tan singular insistencia, produjo el efecto que no era difícil prever.

París, que había sido vencido por el hambre, hubiera arriesgado quizá una destrucción completa por no dejar entrar al enemigo en sus calles. La prudente medida que limitó la ocupación momentánea al barrio de los Campos Elíseos, y sobre todo la rapidez con que la asamblea y el gobierno procedieron a cambiar las ratificaciones de paz, evitaron, quizá, una gran desgracia. De ahí provino, sin embargo, la emoción suprema de que nació la insurrección.

No faltaban elementos capaces de suscitar, irritar y precipitar esas disposiciones. En medio de aquella crisis universal, en que ciertos hombres hubieran buscado, en Versalles, la restauración de un absolutismo negro, otros hombres buscaban, en París, las vías del anarquismo rojo. Las tendencias diversas y confusas que agitaban al país conducían de este modo a sus consecuencias más extremas.

En las primeras filas de los revolucionarios figuraba el partido blanquista, que podía considerarse como el partido tradicional de la conspiración y del motín. Su ideal político era la oposición sistemática a todo gobierno, por todos los medios posibles. Era republicano integrista, igualitario, adversario de todo orden social, pero no era comunista, ni separatista ni socialista; era anarquista en el fondo. El blanquismo contaba en París tres ó cuatro mil adeptos y era más revolucionario de ideas que partidario de la revolución activa.

La revolución tradicional, el jacobinismo, estaba representado por un grupo igualmente numeroso y subdividido, según las tendencias de sus jefes, en dos secciones de igual influencia: los jacobinos de acción, que seguían a Delescluze, y los jacobinos románticos, que seguían a Félix Pyat. Estos hombres eran partidarios de la República «una é indivisible» y de un gobierno enérgico, enemigos de la burguesía y amigos del pueblo, pero sobre todo violentos y autoritarios. Se habían visto defraudados por la decisión que, en 4 de septiembre, sólo dió cabida en el gobierno a los diputados de París, y, en 31 de octubre de 1870 y en 21 de enero de 1871, el vencido fué el jacobinismo.

Este no perdonaba a los miembros del gobierno de la Defensa nacional el triple fracaso que le habían ocasionado, y, contando con la animosidad de la derecha de la asamblea de Burdeos, habían pedido el procesamiento de los hombres del 4 de septiembre. Después de aquella manifestación tan poco noble como inútil, los jacobinos habían comprendido que su puesto no estaba en la asamblea; la mayor parte de los que habían sido elegidos diputados, los Delescluze, Pyat, Tridón y Malón, habían dimitido, volviéndose a París, donde ya germinaba la insurrección. Todos ellos abrigaban grandes ambiciones, sordos rencores y cóleras frías y cautelosas, largo tiempo reprimidas.

Todo espíritu poco atento estaba expuesto a confundir, con los revolucionarios propiamente dichos, otros elementos que ensayaban el papel considerable que más tarde habían de desempeñar. Tales eran los socialistas. Los adeptos de las numerosas doctrinas del socialismo (sansimonianos, fourieristas, comunistas, colectivistas) tenían por programa la constitución de una sociedad

nueva. Tenían su puesto señalado allí donde se había entablado la lucha entre el capital y el trabajo, y principalmente en las huelgas. La mayor parte de ellos eran obreros ó pertenecían al proletariado. La polémica tremenda y oscura de Proudhón les proporcionaba fórmulas, cuando no razones.

El partido obrero estaba ligado íntimamente con la vasta organización cosmopolita que llevaba el nombre de Sociedad Internacional de Trabajadores. Los delegados obreros franceses se habían puesto en relación con ella en Londres, durante la Exposición de 1862. Fundada, al parecer, bajo los auspicios de Karl Marx, tenía su domicilio en Inglaterra y tenía extensas rela-



El coronel Denfort

ciones en Alemania; quizá las tenía hasta entre los elementos que servían a Bismarck, el cual no desperdiciaba medio alguno de lograr sus fines. Bien acogida en Francia por el partido liberal, teniendo por apologista a Enrique Martin y por abogado a Julio Ferry, se había desarrollado durante los últimos años del imperio: quizá el gobierno imperial había concebido el propósito de apoyarse sobre aquella organización de la democracia para oponerla a la burguesía liberal. La incertidumbre en que se estaba acerca de los actos de la Internacional aumentaba quizá las suposiciones y las sospechas.

Se decía que era rica y poderosa. Parece indudable que, en 1870, contaba de 70 a 80.000 afiliados en París. Según las actas de sus sesiones, parecía pobre y desorientada en vísperas del 18 de marzo. El comité directivo cambiaba á menudo de local para sus reuniones; sin embargo, últimamente se reunía en la plaza de la Cordería, núm. 6. Los fondos se hallaban en poder de un tal Chatelain, domiciliado en la calle de San Honorato y que pasaba por agente bonapartista. La Internacional había de representar un papel preponderante en la unión de todos los partidos revolucionarios y en la organización del comité central.

Al principio, todos estos elementos estaban aislados